

ó abstinencia, porque fuera de esta comida que era muy frugal nada comían.

21° Casiano aun explica mejor esto en el capítulo siguiente : « Cuando hicimos, dice, nuestro viaje de Siria á Egipto, para instruirnos en las máximas de los ancianos solitarios de aquellos lugares, admiramos la alegría y la bondad con que se nos recibía. Allí no se observaba lo que hemos visto en todos los monasterios de la Palestina, en donde aguardan á hacer comer á los hermanos que les van á visitar hasta que la hora de la comida há llegado ; sino que exceptuando solamente los días de miércoles y viernes que son días consagrados, se rompía el ayuno en todos los lugares á que íbamos, luégo que habíamos llegado allí.

« Y cuando nos informamos por uno de estos Padres por que rompían con tanta indiferencia el ayuno de cada día, nos respondió : » Yo aquí puedo ayunar todos los días, pero no todos los días os puedo tener en mi compañía, y de un momento para otro me váis á dejar. Aunque el ayuno sea útil y necesario, es no obstante como una ofrenda que libremente hacemos á Dios, y por el puro movimiento de nuestra voluntad. Pero es de necesidad absoluta el recibirlos con caridad y hacer con los huéspedes lo que nos manda la caridad. Es por esto que recibiendo á Jesucristo en vuestras personas, yo os debo dar de comer ; y cuando vosotros me habréis dejado me sera fácil resarcirme por alguna abstinencia extraordinaria, de la indulgencia que me habré concedido para mejor recibir á Jesucristo.

Luego cuenta el ejemplo de un anciano que habiéndose puesto á la mesa en un día para recibir á diversos hermanos que habían ido á visitarle, había comido tan sóbriamente que aun sentía el hambre. Había también otro solitario que jamás comía solo ; pero que si nadie le iba á visitar durante la semana la pasaba sin comer hasta que el sábado ó el domingo yendo á la iglesia, se llevaba algun fo-

rastero para ponerse á la mesa con él. « Así, añade, estos santos solitarios acostumbran romper el ayuno para recibir á sus huéspedes ; pero luego no se descuida de recompensar esta pequeña indulgencia por alguna abstinencia extraordinaria, castigándose de este modo de este aumento de nutrición que han tomado, no solo comiendo después menos, sino recortando aún con mucha severidad algo de su sueño. »

DOCTRINA ESPIRITUAL DE LOS SOLITARIOS DEL EGYPTO¹.

Se puede recoger la doctrina espiritual de los solitarios del Egipto y de los desiertos vecinos, no solo de las *Instituciones* de Casiano sino también de sus Conferencias ; pero como damos el análisis de éstas en los capítulos de los Padres á quienes allí hace hablar, nos contentaremos aquí con relatar lo principal que hay en los libros de sus *Instituciones*, en donde trata de los pecados capitales. Allí se verá cual era la doctrina de los monjes de Scete, de Egipto y de otros lugares, pues que era para ser instruidos de sus máximas sobre la manera de combatir los vicios y adquirir las virtudes religiosas, así como sobre la disciplina regular cuyas obras el obispo Castor le rogó que computara.

Después que Casiano en sus cuatro primeros libros ha tratado de sus *Instituciones* de la disciplina de estos solitarios, explica en los ocho restantes aquello que había aprendido

¹ Casiano.

de los solitarios referente á las causas y origen de los vicios capitales, y da instrucciones para combatirlos. Reduce estos vicios á ocho, á saber : La gula, la impureza, la avaricia, la cólera, la tristeza, la pereza, la vanidad y el orgullo. Dice que conocemos sin dificultad estos vicios á favor de la luz y de las instrucciones de los antiguos Padres ; pero que sin esta luz muchas veces los ignoraríamos, por más que estén dentro de nosotros y cometan allí extraordinarios desórdenes. Porque en realidad nuestro amor propio nos ciega, y necesitamos las luces de los más esclarecidos para que conozcamos el mal fondo que llevamos dentro de nosotros mismos. Pero con el favor de sus *Instrucciones*, verificamos aquello que ha dicho David, que después de haber pasado por el fuego de los vicios que consume nuestras almas, pasaremos á las aguas celestiales de las virtudes, cuya refrigeración nos da á gustar la perfección por la pureza del corazón (Psal. 63).

El quinto libro de Casiano versa sobre la intemperancia de la boca. Dice en primer lugar que en cuanto al ayuno no sepuede proponer una regla constante y uniforme para todo el mundo ; porque no todos tienen igual fuerza, y el ayuno no puede, como las otras virtudes, practicarse independientemente del cuerpo y por sola el alma. « Hé aquí, dice, las reglas que hemos recibido de nuestros padres sobre este particular. Ellos han creído que aunque se debiera guardar alguna diferencia en el tiempo, en la cantidad, ó en la cualidad del alimento según la diversidad de fuerzas, de edad ó de sexo, cada uno no obstante se debía proponer por regla la mortificación y la sujeción de la carne. Que los enfermos y los viejos no pudiendo ayunar hasta ponerse el sol sin dañarse notablemente, que otros no pudiéndose contentar de legumbres mojadas en el agna, ó de pan seco ; que otros comiendo dos libras de pan sin que su estómago quede saturado, y otros quedando demasiado saturados

comiendo una libra ó aun seis onzas ; todos sin embargo en esta desigualdad de régimen se proponen un solo fin, que es regular de tal suerte su nutrición con su temperamento, que jamás sientan la repleción. »

Dice en segundo lugar que de cualquier clase de comida que el estómago se llene, el alma queda como sofocada por la pesantez de la nutrición, y ya no puede ser dueña del cuerpo, ni guardar la regla del discernimiento. Que no es solo el exceso del vino lo que enerva el alma, que toda otra nutrición tambien la vuelve ébria y le quita la dicha de la contemplación. Hé aquí porque el Profeta reprocha á Sodoma por nutrirse de pan con demasiada abundancia. (Ezech. 16-42).

Dice en tercer lugar que la debilidad del cuerpo no es un obstáculo para la pureza de corazón, cuando se tiene cuidado de limitarse á la sola necesidad, sin dejarse arrastrar á aquello que la voluptuosidad ó la intemperancia desea, y que la carne, aunque débil, no deja de tener parte en el mérito de la templanza, con tal que usando de aquello que se permite á los cuerpos más abatidos, cese de comer cuando aun tendría necesidad de ello, y no tome alimento sino en cuanto sea necesario para vivir y no en cuanto pueda desear. Que no se debe juzgar de la abstinencia tanto por la falta de comida ó por la cualidad de ella, como por el testimonio de la propia conciencia según la necesidad del cuerpo, ó las tentaciones que se sufren. Que el orden de los ayunos establecidos por los antiguos Padres en el monasterio es muy útil y se debe guardar con cuidado, pero que si después de haber ayunado todo el día uno no es sobrio por la noche y se satura demasiado, el ayuno no es perfecto ; pues los ayunos más austeros que van seguidos de un desahogo excesivo pierden su mérito y degeneran en gula.

Dice en cuarto lugar que la abstinencia no es suficiente

para adquirir la pureza del alma y del cuerpo, si á ella no se juntan las otras virtudes. Que ante todo es necesario consolidarse en la humildad por la obediencia, por la contrición del corazón, la mortificación de la carne, el renunciamiento al deseo mismo de las riquezas. Que se debe sofocar la cólera, ahogar la tristeza mala, despreciar la vanagloria, pisotear la ostentación, asegurar la inestabilidad y sujetar los extravíos de nuestro entendimiento con un continuo recuerdo de Dios.

Dice en quinto lugar que en combate espiritual de las pasiones y de los vicios, los monjes se deben proponer aquello que san Pablo dice de los atletas en su segunda Epístola á Timoteo. Que para salir victoriosos en sus combates cada uno debe reprimir la intemperancia de la boca como el primer enemigo que se presenta. Que para esto debemos purificar nuestro espíritu no solo con el ayuno, sino también con las vigiliias, con la lectura, con la compunción del corazón. Que debemos gemir y suspirar mucho, ya por el horror á los vicios, ya por el deseo de las virtudes, hasta que nuestra alma toda poseída de Dios mire la nutrición como una pesada carga, y no como un placer; y como destinada más bien á la necesidad del cuerpo que á la satisfacción del espíritu.

Dice en sexto lugar que el atleta de Jesucristo debe esperarse que tendrá siempre enemigos que combatir; lo que Dios permite por temor de que relajándose en una paz afeeminada y ociosa, se olvida poco á poco que es soldado y pierda el fruto de sus victorias pasadas por su negligencia. Que teniendo enemigos no solo por fuera, sino también dentro de nosotros, no basta practicar la abstinencia de las cosas exteriores sino que se debe juntar á ella la abstinencia interior con el recorte de todos los deseos desarreglados. Que sin el ayuno del alma jamás se llegará á la pureza del corazón. Que el fin de la abstinencia

exterior es llegar á la abstinencia interior de los vicios. Que las comidas emponzoñadas de que el alma corrompida se nutre son la maledicencia, la cólera, la envidia, etc. En fin, queriendo Casiano demostrar que esto que acaba de decir está conforme á las maximas de los solitarios de Egipto, lo confirma con diversos ejemplos de la manera de ayunar de algunos ancianos que él había visto, y de otras prácticas de virtud que prueban como estos fervorosos religiosos se ejercitaban en combatir sus pasiones y en morir á las afecciones de la carne y de la sangre. Solo relataremos uno de estos ejemplos, porque en otra parte ya hablaremos de los otros. « Yo creo, dice, que no será inútil relatar la acción de un solitario que se aplicaba con gran cuidado á purificar su corazón y á contemplar las cosas celestiales. Después de quince años de retiro, un día le trajeron muchas cartas de parte de su padre, de su madre y de muchos amigos que moraban en la provincia del Puente. « Este santo religioso cogiendo este paquete pasó largo tiempo reflexionando dentro de sí mismo, y dijo: « ¿ Cuántos pensamientos esta lectura me va á hacer nacer que me llevarán ó á una alegría ridícula ó á una tristeza inútil? ¿ Cuántas veces al día retraerá á mi corazón de la contemplación á la cual trato de aplicarme, para hacerme acordar de esas personas que me escriben? ¿ Cuánto tiempo se deberá pasar antes que salga de ese desorden y confusión en que voy á meterme? ¿ Y cuanto tiempo deberé trabajar para volver á la tranquilidad y á la paz en las cuales tanto tiempo há que trato de establecerme, si en mi espíritu movido por esta lectura, se retrata el rostro y las palabras de aquellos que ya dejé tiempo há, y empieza á verlos en cierta manera y aún á permanecer con ellos? ¿ De qué me servirá el haberme retirado de ellos con el cuerpo, si estoy con ellos en espíritu? ¿ De qué me servirá haber echado de mi memoria su re-

cuerdo renunciando al mundo para vivir como si ya no estuviera en él, si enseguida no dejó en cierta manera de vivir para este mundo, y dar entrada á las cosas que ya había sofocado? »

« Luego que dentro de sí mismo hubo recogitado sobre todas estas ideas, no solo no se pudo resolver á abrir una sola de estas cartas, sino que ni aún á deshacer el paquete, y lo arrojó al fuego diciendo al mismo tiempo: « Idos, pensamientos todos de mi país, quemaos todos con estas cartas, y no me hagáis volver á las cosas á las cuales renuncié. »

El vicio opuesto á la virtud de la pureza forma el objeto del libro sexto. Casiano desde el principio dice: 1º Que según la doctrina de los Padres de Egipto, este vicio, después de la intemperancia de la boca, es el que debemos combatir más; que ataca al hombre desde su más tierna juventud; que no se puede sofocar bien sino domando los otros vicios; que se le debe oponer una doble resistencia; y que como él se fortifica con las fuerzas que saca de la enfermedad del cuerpo y del alma, nosotros debemos reunir estas dos partes para vencerlo.

El ayuno exterior añade, no es suficiente, sino tenemos cuidado de acompañarlo con la compunción del corazón, la perseverancia en la oración, la meditación de las verdades cristianas, el trabajo de las manos para mejor consolidar la estabilidad del corazón y reprimir los extravíos de la imaginación; pero principalmente conviene, dice también, cimentarnos en una humildad sincera, sin la cual jamás podríamos triunfar por completo de vicio alguno.

2º El principal remedio, prosigue, es velar sobre las afecciones de nuestro corazón; pues de él, como dice Jesucristo, salen todos los malos pensamientos (Matt. 15-19): y el Sabio nos advierte á guardar nuestro corazón, por ser el principio de la vida (Prov. 3-42). Que si nos contentamos

con hacer ayunar el cuerpo sin hacer ayunar al alma, nunca obtendremos una perfecta victoria.

3º Hay vicios que se extirpan en el comercio de los hombres; pero es necesario alejarse del mundo y vivir en el retiro para extirpar á éste. Para combatirlo bien debemos emplear todas nuestras fuerzas, sin confiar en ellas, sino en la gracia y auxilio de Dios; y aunque la gracia nos sea necesaria para arruinar todos los otros vicios, para arruinar á este necesitamos un don especial de Dios.

4º En este penoso combate debemos considerar aquello que nos dice el Apóstol, que aquellos que entran en la carrera para combatir en ella *se abstienen de todo*. Que esos atletas no solo se abstendían del exceso de la boca; sino también de la pereza y de la ociosidad, á fin de que sus fuerzas se aumentaran más y más, y que nosotros debemos usar de la misma severidad para domar este vicio.

5º Luego Casiano hace una bella reflexión sobre la pureza con la cual uno se debe acercar á los santos misterios. Si esos atletas de quienes nos habla san Pablo observan, dice, un régimen tan riguroso para conservar sus fuerzas, con que exactitud debemos guardar la pureza de nuestra alma y de nuestro cuerpo, nosotros que todos los días nos debemos alimentar con la carne sagrada del Cordero; ya que ninguna persona impura, aun según las ordenanzas de la antigua ley, debía tener la presunción de acercarse al altar, como está escrito en el *Levítico*. Que si Dios exigía esta pureza en sus ministros para los sacrificios que no eran mas que sombras y figuras, ¿cuál deberá ser la nuestra en la ley de gracia? ¿Y cuál deberá ser nuestra conclusión sobre la excelencia de la castidad?

6º Casiano también da como consejo esencial el ahogar prontamente la tentación desde que empieza á atacarnos. Debemos, dice, aplicarnos muchísimo en observar la cabeza envenenada de la serpiente, es decir, los principios de los

malos pensamientos, con los cuales el demonio trata de sorprender nuestro corazón; temiendo que si nuestra negligencia daba acceso en nosotros á esta cabeza emponzoñada, al momento todo el cuerpo seguiria por el consentimiento que daríamos al placer que nos inspira.

Por último, hablando de la excelencia de la castidad, dice que el Apóstol realza tanto su mérito, que parece reducir á esta virtud todo el cristianismo cuando dice: *La voluntad de Dios es vuestra santificación; es decir, que seáis puros y castos*, etc. Pero cuanto esta virtud es más excelente, tanto debemos trabajar más para adquirirla, y como no se puede ser casto sin ser humilde, según la sentencia de los antiguos Padres; así uno jamás se debe jactar de poseer la ciencia espiritual de los Santos, y de ser esclarecido en el espíritu de Dios, si no es casto.

El mismo autor trata de la avaricia en el libro séptimo, siempre según la doctrina que había aprendido de los solitarios que había consultado en Egipto y en otras partes. Dice: 1º Que el tercer vicio que se presenta para ser combatido es el amor al dinero; que éste no es como otros vicios que están como ingertados en nuestra naturaleza, tales como los desórdenes de la carne ó la cólera que experimentamos desde la infancia; sino que la avaricia no nace en nosotros hasta que discernimos el bien del mal. Que siendo por esto en cierto modo extranjero al alma es fácil desde un principio guardarse de él y rechazarlo, pero que se vuelve más peligroso que las otras pasiones, si se le abre la puerta del corazón, y que una vez haya entrado en él, es difícilísimo echarlo.

2º Dice que cuando esta pasión se apodera de un religioso tibio y relajado, al principio lo tienta con una pequeña suma de dinero, que le propone procurarse y guardar por razones que le parecen verdaderas. Por ejemplo que aquello que el monasterio le da no le basta; que se

debe reservar alguna cosa para el caso de enfermedad ó de viaje; que si no tiene algún pequeño subsidio, se verá obligado á llevar una vida miserable y laboriosa; lo que le impedirá hacer progreso alguno en la virtud, y que en fin tendrá necesidad de implorar la asistencia de los otros quienes le reprocharán su descuido.

3º Cuando esta artificiosa pasión se ha insinuado así en el corazón de este miserable religioso ella le inspira los medios de adquirir esta pequeña suma de dinero. Desde aquel momento todos sus cuidados se reducen á hacer alguna obra sin que lo sepa su superior; la vende en secreto, y cuando ha recibido su precio, su ardor se redobla para ganar otro tanto, y su espíritu se halla agitado por mil inquietudes para saber en donde lo conservará y en que lo empleará; y si tiene la desgracia de obtener buen éxito en su tráfico, se volverá tanto más avaro cuanto más dinero haya recogido.

4º Este religioso creciendo en el mal y relajándose en el bien, ya no piensa más en guardar la menor regla de humildad, de caridad, de obediencia. Se enfada de todo, murmura de todo, se agría de todo; ya no tiene respeto á nadie. La comida y el vestido común del monasterio ya no le bastan. Presto se disgusta de su domicilio, y se atreve á decir que allí no puede obrar su salvación y que se debe retirar á otra parte.

5º Y lo que es más deplorable es que la avaricia vuelve activos para el trabajo á aquellos que eran los mas laxos en los trabajos comunes del monasterio. Mientras que entonces rehusaban hacer las obras más dulces y ligeras, ahora la avidéz del lucro los hace trabajar día y noche sin cesar. Ella ya no les permite orar, ni ayunar, ni aplicarse á los otros ejercicios de piedad. Ella hace que no piensen más que en adquirir nuevos bienes. En fin, la avaricia inspira una insubordinación tal, que Casiano dice haber co-